

tros méritos y servicios, y enseñaremos á nuestros hijos á pronunciar vuestro nombre con tiernas emociones de admiración y agradecimiento !

¡ El cielo, que ha velado sobre vuestra conservación, sacándoos indemne de tantos riesgos, prospere vuestros días y derrame sobre vos todas sus bendiciones á que os hacen tan digno vuestras sublimes virtudes !

Bogotá, 5 de Mayo de 1830.

*Domínguo Caycedo*, Vicepresidente de la República; *Fernando*, ARZOBISPO DE BOGOTÁ; General *Pedro A. Herrán*, Ministro de Guerra; *Alejandro Osorio*, del Interior; *José Ignacio de Márquez*, de Hacienda, etc. etc. (Siguen dos mil firmas).

(8) Por las mejoras que inició el Ilustrísimo Señor Velasco en la Catedral, hubo necesidad de destruir el presbiterio (1891), pero no dudamos que las cenizas del Sr. CAYCEDO Y FLÓREZ serán colocadas en sitio apropiado. Hoy están en el panteón de la Catedral.

Si hasta ahora no le han dedicado sus compatriotas un recuerdo, sírvele como monumento á su memoria la hermosa Catedral que edificó.

## SIMON BOLIVAR

(Discurso pronunciado por el Sr. Juan A. Zuleta en el banquete dado en Nueva York el 24 de Julio de 1883 por la colonia hispanoamericana en celebración del Centenario del Libertador).

Señores :

Los antiguos establecieron juegos para adornar de mirto y de laurel las sienas de sus héroes; los modernos han establecido el Centenario para hacer la apoteosis de los escogidos y colocarlos en el altar de la fama.

Cuando el tiempo, al pasar sobre los hechos de un hombre que ha figurado en el escenario de la vida pública, en vez de desvirtuar el mérito glorioso que los contemporáneos les discernían, más y más los aquilatan, porque á medida que van desvaneciéndose las ondas de la pasión, la figura del hombre se presenta en toda su magnitud, enton-

ces éste pertenece á la familia de los inmortales y es preciso elevarlo al pedestal de la gloria.

Hoy hace cien años del nacimiento de Simón Bolívar. El brillo de sus grandes hazañas en vez de amortiguarse se acrecienta, y por eso en este día la América del Sur, desde las riberas del Golfo-Triste hasta las márgenes del Océano de Balboa, al proclamarlo como su Libertador y saludarlo como el genio tutelar de sus destinos, le presenta ante el mundo el homenaje de su gratitud.

Nosotros, aunque alejados de la Patria, queremos también celebrar el natalicio del héroe suramericano, porque en la tierra de Washington no somos extraños para conmemorar una fecha gloriosa en los anales de la Libertad.

Señores: en ninguno de los seres de la creación se refleja para mí tan visiblemente la imagen de Dios como en el genio. Si yo no hubiera recibido con el habla materna la creencia en lo eterno y en lo inmortal, hubiera adivinado á ese gran generador del mundo en la más pura de sus encarnaciones. Moisés, que da leyes inmortales á la humanidad al legislar para un solo pueblo y al predecir los destinos del mundo; Homero, que reduce á un cuadro sencillo y transparente pero grandioso toda la vida de la sociedad pagana; Alejandro, el genio de la guerra, que en pocos días sujetó á su dominio casi todo el mundo conocido hasta entonces; San Pablo, el intérprete más fiel y más atrevido propagador de las doctrinas de Cristo; Dante, el gran poeta del dolor; Cervantes, que con retratar á dos hombres retrató el género humano en todos los siglos y personificó los dos principios que sostienen y sostendrán lucha eterna en el mundo; Shakespeare, el fotógrafo más hábil del corazón humano; Newton, que revela á los hombres con penetración casi divina los secretos de los astros; Colón, que completa el mundo á despecho de la humanidad y extiende el campo de acción, del progreso y de la ciencia, y otros seres maravillosos que han aparecido en el mundo, más que hombres son semidioses. Meditando en la inmortalidad del

individuo y de la idea que representa, se convence uno más y más de la inmortalidad del espíritu.

Si los rayos del sol al concentrarse en el foco de un lente nos dan la imagen del astro, los rayos de la inteligencia, emanaciones de la divina, al concentrarse en el cerebro de un hombre, nos dan la imagen de Dios.

¿Qué tiene de admirable el que la ciencia llegue á convertir la luz en motor, cuando desde el principio de los tiempos la luz del genio ha venido siendo el motor de la humanidad?

Los genios son las columnas luminosas que la Providencia envía delante de los pueblos para que los conduzcan por los desiertos de la ignorancia á la tierra prometida de la civilización.

¿Pertenebió Bolívar á esta aristocracia de la inteligencia, ó simplemente fue un hombre de grandes facultades intelectuales, que no alcanzaba al nivel de aquellos espíritus superiores? Veámoslo.

Bolívar, como militar, tenía esa intrepidez de carácter que es el distintivo de todos los caudillos de genio llamados á libertar un pueblo. Sabía la manera de conducirse en las circunstancias difíciles para llenar de confianza á sus subalternos. Mostró tino notable para conocer las facultades de los hombres, atraerlos irresistiblemente hacia sí y aprovecharse de sus grandes cualidades. Tomaba esa actitud que sirve para comunicar á los otros las acciones insignes y los actos del heroísmo del hombre.

El genio no se arredra ante la imposibilidad aparente de una acción; y Bolívar en 1813 salía de la Nueva Granada con un reducido número de oficiales á luchar contra los ejércitos españoles de Venezuela, y pudo llegar hasta la capital y vencer al enemigo. Con un puñado de bravos, hambreados y desnudos, subió á los Andes granadinos, venció las aguerridas fuerzas de Barreiro y se sentó en la silla de los Virreyes.

Cuando el vencedor en Carabobo se encontraba solo y enfermo, devorando por una parte las amargas de criminales decepciones, enfrente de tercios enemigos que iban de victoria en victoria prestos ya á recuperar todo el territorio perdido, y por la otra, la escasez de fuerzas y de elementos con que contaba la causa de la libertad americana, un distinguido diplomático que fue á verlo á su retiro, le preguntó: ¿Y qué piensa hacer usted ahora, Libertador? — Triunfar! Contestó el héroe. Hé aquí la palabra más elocuente que asomó alguna vez á los labios de Bolívar; ella revela el hombre de genio que siente su fuerza entera á despecho de todas las contrariedades; el atleta que, caído, confía en su triunfo porque es preciso vencer. Ella, por sí sola, dadas las circunstancias en que fue pronunciada, hubiera bastado para dar gloria al guerrero. Junín y Ayacucho se encargaron de responder á aquella clásica palabra; el pabellón de la República ocupó el lugar de la bandera de Pizarro, y el poeta que llevado por la violencia de un espíritu desconocido había llegado á trepar sobre los cabellos del gigante de la tierra, se sentó sobre la cima de la gloria, la cabeza circundada por los luminares del genio.

El genio es creador, y hace conocer á los demás la parte de sí mismos ignorada: Bolívar, para crear las cinco Repúblicas que brotaron al esfuerzo de su brazo, tuvo que hacer conocer sus derechos á los americanos, inventar ejércitos y recursos y atender á la administración militar y civil.

El genio es profeta, y Bolívar leyó en el porvenir con la más clara visión la suerte que debía caber á la América. Y así, señores, por cualquier faz por donde se considere al Libertador, se le encuentra con las cualidades que distinguen al genio; hasta en sus errores hay que admirar la superioridad de aquel sér extraordinario. Las medianías se retratan en sus faltas; el hombre superior imprime á éstas el sello de la grandeza.

Jorge Wáshington fue llamado *el primer hombre de América*, antes de que la historia hubiera pronunciado su última palabra sobre Simón Bolívar.

Aquél fue el Libertador de una nación, y éste fue el Libertador de un continente. El uno condujo á la victoria un pueblo formado ya para la vida de la República, y el otro tuvo que crear hábitos de libertad en el pueblo. El primero era el tipo de su raza; razonador convincente, señalaba los resultados como consecuencia lógica de las causas, y cuyo corazón, bajo el influjo de los hielos del norte, no llegó á palpar con la perspectiva de la gloria, porque el deber era su norma; el segundo era el hijo de los trópicos, de palabra mágica que hacía brotar el entusiasmo del pecho más empedernido; de corazón ardiente como el interior de los Andes, y de cabeza de fuego como las elevadas cimeras de los volcanes de América; tenía la intuición del genio, deliraba con la gloria, pero amaba á la Patria sobre todo y tenía respeto tan profundo por la opinión de sus conciudadanos, que habiendo podido salvar á la América con la implantación de sus ideales políticos, se retrajo de su intento ante la oposición que encontraron. Dudó, como el vidente del Nebo, no del poder de Dios del Sinaí, sino del poder de su brazo, y temió el deslustre de su nombre, y hé aquí el mayor de sus errores. Wáshington fue, en suma, un grande hombre por su talento y sus insignes virtudes; Simón Bolívar fue un genio, y como tal, superior al que humilló los escuadrones británicos. Tiene, pues, la primacía entre los grandes hombres del Nuevo Mundo, y merece los honores que éste le dispensa hoy.

Pero ¿no os atristáis, señores, al considerar que no tenemos ofrenda que colocar hoy en el altar que hemos levantado al caudillo de nuestra emancipación política?

¿No se humedecen los ojos del patriota al considerar que cuando nuestros hermanos se congregan hoy llenos de alborozo al rededor de las estatuas del Prócer, su sombra vaga aún por las riberas del Mar de Atlante como testigo de nuestras flaquezas, y que las aguas del Pacífico llevan el tinte de la sangre fratricida?

Sí; no hemos sabido aún corresponder á los grandes sacrificios que los padres hicieron para asegurar la felicidad de sus hijos, y los hombres honrados de América tienen el sublime é imperioso deber de trabajar sin descanso por que se consoliden allá el orden y la justicia, para llegar pronto al verdadero progreso, objetivo de los pueblos. Las conmociones americanas nos han desacreditado, pero es preciso considerar también que toda juventud tiene pasiones y tempestades, y que después de éstas aparecen las auroras y los hermosos resplandores del sol.

Los que en estos momentos nos encontramos aquí alejados de las patrias heredadas en busca de nuevos horizontes para el espíritu, prometamos por la memoria del héroe, como oblación que le ofrecemos en su día, que al volver á pisar las risueñas y siempre queridas playas suramericanas nuestros esfuerzos se consagrarán al afianzamiento de la paz. Esta calmará las pasiones políticas, generadoras de males sin cuento, nos permitirá abatir las montañas y abrirnos camino á los mares, lo que traerá el desarrollo de nuevas industrias y hará tomar mayor vuelo al comercio con las naciones cultas; la vida, la propiedad y las creencias serán respetadas, y como consecuencia vendrá la riqueza, base del saber, elementos que, unidos á la moralidad, constituyen la civilización de los pueblos.

Bajo la grata impresión de estas halagüeñas esperanzas, yo os saludo, banderas de Hispanoamérica: simbolizáis para nosotros las glorias de la Patria, porque nacisteis al mundo en los históricos campos en que el invicto Bolívar trazó con su espada el acta de nuestra libertad. A vuestra sombra nos acogemos con el corazón palpitante de alegría para celebrar el natalicio del ínclito guerrero de la América. Flotad alegres al viento, que si no os acarician las brisas de los Andes, os saludan las aguas del Hudson, que aún murmuran las hazañas de Wáshington; ya que representáis insignias de redención, haceos jirones antes que ondear en una tierra de esclavos y os conjuro para

que os envolváis en vuestros gloriosos árboles en señal de luto, cuando el cielo de la América se entolde con el humo de los maldecidos combates de hermano contra hermano; así la sensitiva inclina triste sus hojas cuando aparecen en los cielos anuncios de tempestad.

Salve también á ti, madre España! Nuestras glorias son las tuyas; si Bolívar te venció en lucha leal, tuvo por maestros de heroísmo á Viriato y á Pelayo, á Guzmán el Bueno, á Palafox y á Castaños: si hoy nos preciamos de tener quien dé lustre á la lengua más hermosa que han hablado los pueblos de la tierra, Cervantes y Calderón, Rioja y Melo hablaron en ella al mundo en lenguaje que el olvido ha respetado, y si ante la Cruz nos inclinamos y no tenemos á mengua el llevarla en nuestros pechos, Colón fue el primero que, rasgando las azuladas ondas del Atlántico, la plantó en las empinadas crestas del Nuevo Mundo.

---

## EL LAUREL

(HISTÓRICO)

*A Teodosio Goenaga*

Quieres en memoria mía  
Llevar tú de mis laureles  
Sola una hoja, Teodosio;  
¿Cómo habré de complacerte?

Ves en este jardincillo  
Rosas, lirios y claveles;  
¿Qué á ti con flores caducas?  
¿Símbolo inmortal prefieres.

Entre estas débiles plantas  
Un arbolillo silvestre  
Nació inadvertido, y luégo  
Fue creciendo esbelto y fuerte.